

Un Maeztu desconocido y algunas bagatelas de 1900

LUISA SANTAMARÍA SUÁREZ
Catedrática de Periodismo

A la hora de escribir este artículo me vienen a la memoria unas patéticas palabras de Ramiro de Maeztu escritas en 1903. También, naturalmente, me viene a la memoria la sinrazón de estas palabras:

«Dentro de algunos, pocos años —escribía—, me sentiré viejo y me despedirán de los periódicos. No me quedará cosa ninguna ni en la caja de ahorros, ni dentro del meollo. No me quedará ni siquiera el renombre. Habré vaciado los sesos en las colecciones de los periódicos y nadie se tomará el trabajo de consultarlas. Como nuestros esfuerzos permitirán en la España futura el florecimiento de la vida literaria, vendrá una generación de escritores más perfectos que nosotros, más especializados, que harán innecesaria hasta la evocación de nuestros nombres. Nos aguarda la pobreza durante la vida y el olvido después de la muerte...». Creo sinceramente que Maeztu se excedió en el pronóstico. Puede que la primera parte sea cierta en algún sentido, esa parte de pobreza que tanto cerca al periodista de todas las épocas, pero basta repasar las colecciones de periódicos en cualquier hemeroteca para rescatar del olvido la memoria de Ramiro de Maeztu. Ahí encontramos al periodista de ideas que Vicente Marerro —puntual notario de su vida y de su obra— sitúa en un plano similar al que ocupa Dostoyevski, Maurrás, Ortega, D'Ors, Unamuno, grandes periodistas de ideas.

La muerte de Maeztu, en plenitud de creación, tampoco se ajustó demasiado a aquella profética despedida del periódico, relevado por otros escritores.

Un cuarto de siglo más tarde, exactamente en el año 1928, escribía en *La Nación*: «Hace más de treinta y tres años que no hago en esta vida más que artículos de periódicos, y nunca pensé en hacer otra cosa. El día que nos demos cuenta clara de nuestra misión en el mundo, los periodistas constituiremos una orden religiosa, con su doble función informativa y valorada, tan claramente demarcada, que consideraremos indigno de continuar entre nosotros al que falsea la verdad o el juicio para servir a una causa».

Decir de Maeztu, en bloque, que es un periodista de ideas solamente quizá no sea del todo exacto. Mi propósito en este estudio no es más que brindar un aspecto si no del todo inédito de Ramiro de Maeztu, sí bastante desconocido. El Maeztu cronista de bagatelas, cultivador de temas ligeros, archivador de la espuma fugitiva de un suceso cualquiera. Creo que hacer la biografía de Maeztu olvidando este flanco risueño y esta curiosidad desbordada sobre temas diversos, quizá configure a un Maeztu monolítico, obsesionado con ideas cardinales, pero de espaldas a esta vida menuda que no llegó a escurrírsele de las manos como un pez. Arbitrariamente hemos elegido tres temas espigados de las colecciones de *La Correspondencia de España*, de *El Nuevo Mundo*, de *La Prensa de Buenos Aires*, preferentemente. Son los temas de la mujer, de algunos aspectos de la técnica y de ese deporte inglés, cuando todavía casi era un cachorrillo a primeros de siglo.

Tras estas palabras iniciales en las que fijo mi propósito modesto para que nadie se llame a engaño, quizá sea oportuno concretar algunos puntos.

RAMIRO DE MAEZTU, «ENVIADO ESPECIAL»

En el lenguaje periodístico de nuestros días, Ramiro de Maeztu tuvo mucho de «enviado especial». El Londres de 1903 se puso a su alcance y de aquí pasó a Alemania en 1911, despachando para *La Prensa de Buenos Aires* sus crónicas de la guerra europea, desde las filas inglesas, y desempeñando posteriormente la corresponsalía de *El Sol* en Ginebra (1920). La carga ideológica que puso en los «trabajos de mesa» que vieron la luz a partir de 1927 en *La Nación*, *Acción Española* y *ABC* coronan su biografía de periodista.

El 5 de enero de 1905, *La Correspondencia de España* publicaba una nota de redacción de gran interés. Se presentaba al nuevo corresponsal en Londres y de un modo vago se perfilaba el carácter del periodismo educador. La nota, escrita a continuación de un artículo de Maeztu titulado «Problema vital. España e Inglaterra», decía así:

«El anterior artículo explicaba sin necesidad de aclaración alguna, cuál es el objeto que nos guía al enviar a Ramiro de Maeztu para que estudie en Inglaterra un problema ya planteado y que puede trastornar nuestro actual régi-

men comercial con la Gran Bretaña, ocasionando quebrantos incalculables para la riqueza nacional. *La Correspondencia*, que poco a poco, y con gran contento de sus lectores se va emancipando de las dañosas tendencias del reportero sensacional, de esas tendencias que hacen de casi todos los diarios una crónica de crímenes, torerías y sucesos vulgarísimos, cree más conveniente para la educación de la prensa acometer labores de seria orientación y está decidida a ser un diario consagrado a algo fundamental y que sirva para traer a España modernas corrientes de europeísmo, del cual, por desgracia, estamos muy necesitados.

Poco a poco iremos completando nuestra obra, pues aspiramos a tener un redactor-corresponsal en cada una de las capitales europeas, medio único de que nuestros lectores conozcan en sus menores detalles cuanto pueda interesar al porvenir de España, sin que por eso abandonemos las tareas de información diaria.» Y añade: «Ramiro de Maeztu salió anoche para Londres».

Las crónicas consultadas, sin propósito exhaustivo, pertenecen a esta época, a ésta de piedra de Maeztu.

La corresponsalía de Maeztu en Londres que abarca desde 1905 a 1919, interrumpida solamente con breves viajes a Alemania, es de capital importancia en la historia del periodismo español. Enviado según se ha dicho por *La Correspondencia de España*, asume meses después la corresponsalía de *La Prensa de Buenos Aires*. Fue el primer escritor de periódicos que se instaló en Londres, rompiendo unos usos demasiado rutinarios, ya que hasta entonces París era el único punto de observación europeo para un corresponsal español. Salvador de Madariaga supo captar la importancia de este destino con palabras bastante significativas:

«Tuvo el mérito (Maeztu) de convencer a la opinión pública de la importancia de la civilización anglosajona, siendo el primero de una serie de hombres de letras que consagraron su juventud a la interpretación de valores anglosajones en término de civilización española. Pronto se hizo necesario a todo periódico serio el tener un corresponsal en Londres, no un mero agente telegráfico, sino un escritor de raza, pensador y artista, capaz de captar la luz del ambiente inglés, proyectándola en vívidos colores sobre la opinión pública española.»

Y en otro lugar afirma:

«... Al trasladar el centro de atención de París a Londres, Maeztu preparó la opinión pública española para una comprensión más exacta del mundo y de España a base de criterios objetivos tan independientes de Francia como de Inglaterra.»

Con las palabras transcritas queremos subrayar la importancia de este hecho capital en la historia del periodismo de siglo xx.

MUJERES A LA VISTA

El tema de la mujer ronda a menudo la pluma de Maeztu. Unas veces en defensa de la causa feminista, y otras veces recreándose suavemente en esos mil detalles baladíes que forman el mundo femenino.

Uno de los artículos más acérrimamente feministas es el titulado «Las mujeres se rebelan» y en el que expone Maeztu el problema de las sufragistas inglesas que por aquellos primeros años del siglo habían proclamado a los cuatro vientos con gran énfasis que las mujeres tienen alma y que los hombres modernos no han querido comprender que el alma es una misma cosa para los dos sexos. Para estas sufragistas el problema está en que la gente distinga entre la mujer y el ser curioso que han creado los hombres con su concepción de lo femenino. Se trata, apostilla Maeztu, de distinguir entre la mujer creada por Dios y el ser de corsés, enaguas y polvos de arroz que mariposea indolente en torno al hombre. En los periódicos españoles se está dando esta última acepción a la mujer, como si todas fueran bailarinas de café cantante. Impertinencia grave ésta. Y Maeztu se pregunta extrañado: «¿No tendrán hermanas estos escritores?». Y es que esta concepción, como apunta Maeztu, es casi modernista. Las mujeres, las monjas de la Edad Media fueron poetisas, sabias, jueces y aún militares. Y es que los hombres de otros tiempos, no recluían a las mujeres en la cocina; por el contrario, vivían la vida intelectual común. Las sufragistas reaccionan contra esa idea que estima que la cultura actual no es para la mujer media, sino que está hecha para los hombres y por ellos. Y la mujer madre, la mujer creadora y conservadora de la vida, se vería siempre excluida de ese bien de la cultura. Estas sufragistas explican el porqué de su odio al mundo creado por el hombre». El mundo —escribe Maeztu— era feliz, con las sociedades matriarcales y el oficio del hombre muchacho era ser soldado de la madre y el niño, defenderlo contra el egoísmo del padre. Así vivió el mundo muchos miles de años y eran los tiempos en que el cielo y la tierra no tenían más que una sola forma. Pero un día, empezaron los hombres a separarse de las mujeres y a reunirse en la “casa de los hombres” y allí inventaron una religión patriarcal. Cometieron la villanía de robar unas cuantas mujeres aprovechándose de sus fuerzas físicas, y así surge la familia actual: avasallaron a las mujeres e injuriaron a Eva, de ser la madre del pecado. Desde entonces reinaron el mal y la cultura masculina en el planeta. Pero las sufragistas han nacido para restablecer el bien. Gracias a ella, la familia volverá a ser lo que había sido —la madre y el niño—. Las madres serán la raza, la vida, la eternidad». Leyendo ahora, al cabo de los años, este artículo y otros del mismo linaje —como aquel en el cual un Sócrates redivivo va haciendo desenmascarar las circunstancias que han determinado la rebelión de las mujeres, en un diálogo chispeante con una sufragista— se piensa en este viejo pleito. Y trasladando algunos de esos pensa-

mientos a la actualidad sacamos en conclusión que cuando todavía la marquesa de Campo Alange no se había inventado la «Secreta guerra de los sexos» y Mercedes Fórmica aún no había citado judicialmente a la mujer, existían latentes en estos artículos no solo aquella pugna, sino también esta convocatoria.

CÓMO TRATAN A SUS MUJERES LOS ESPAÑOLES Y LOS INGLESES

Para el Maeztu feminista, la diversidad de trato de españolas e inglesas es fundamental.

La vanidad de Madrid, apunta, está en los coches que se pasean por la Castellana. La cuestión es tener coche. En Londres la cuestión es dar buenas comidas. «Nosotros ponemos la vanidad en la calle; los ingleses, en la casa. La principal vanidad de los ingleses es la mujer. No hay inglés que no quiera a su esposa como ésta no reciba cada dos días una declaración amorosa de un galanteador. Inglaterra parece al principio el paraíso de las mujeres y se piensa como Baroja en su “feria de los discretos” que nosotros, españoles, somos unos egoístas, mientras que los ingleses son unos románticos que se sacrifican por sus mujeres. La razón es que los españoles las queremos más: por eso las encerramos. En cambio, para el inglés la mujer es sólo una muestra de cómo va su vida social. Los españoles a las mujeres no les damos dinero, pero les damos la vida y muy poca mujer española será la que en el transcurso de la vida se quede sin conocer la pasión de un hombre».

Pero las inglesas como no pueden comprarse en las tiendas la pasión de un hombre porque ellos ponen toda su pasión en la conquista del dinero, resultan peores a los hombres y a juicio de Maeztu —que habla muy bien en primera persona— hacen muy bien. Un profesor de la Universidad de Cambridge, dice que la causa principal de la degeneración de la raza inglesa es el abandono en que tienen las mujeres los cuidados domésticos. Sus artes culinarias se reducen exclusivamente a asar un pedazo de buey y a servirlo con un plato de patata y otro de legumbres. Mientras dure esto, no se sirve otra cosa. Todo el tiempo de más, como observa Maeztu, lo dedica a salir de tiendas, jugar al golf y flirtear. Se han pretendido buscar soluciones, pero en Inglaterra (¿sólo?) las fuertes son las damas.

BAGATELAS: EL SOMBRERO DE ALICIA, LAS POLAINAS Y EL IMPERIO

El sombrero de la princesa Alicia, hija de Rooswelt, le sirve de pretexto a Maeztu para urdir una honda meditación sobre motivo tan fútil. Alicia se niega a quitarse su gigantesco sombrero en plena Convención y se niega a acceder a los ruegos del marido. Todos los periódicos de Inglaterra comentan. ¡Qué soberbia la suya! Si Rooswelt manda en la Convención siempre es un consuelo saber que el yerno manda en su hija. Y Maeztu, defensor de las causas femeninas, con cierta ironía desciende a explicarnos los más íntimos y pequeños detalles, que al parecer, los periodistas ingleses ha debido ignorar. Si éstos estuvieran en el secreto de los tocados femeninos sabrían que no es soberbia, sino un pudor muy natural en toda mujer el que impulsó a Alicia a no quitarse el sombrero para no descubrir un enjambre de ricitos postizos.

En otro artículo se pregunta Maeztu, si las mujeres en Inglaterra deben o no quitarse los sombreros para escuchar música y a propósito de las falsificaciones de plumas que se vienen denunciando (las crines de caballos debidamente manipuladas se venderán más baratas que las plumas de ave) incluye una divagación en poco extraña sobre dos tipos de hombres: el demagogo (el hombre que hace las cosas como los demás, pero mejor que los demás) y el fumista (el hombre que pretende hacer cosas distintas, que los demás en nuestra humilde inteligencia no podemos comprender siquiera).

Con el título de «Las polainas blancas» publicaba en *Nuevo Mundo* un artículo aparentemente frívolo en el que Maeztu aprovecha la ocasión para marcar las intenciones de un tal Mr. Norman Angeli. Este señor ha hecho una campaña tendente a convencer a los alemanes de una cosa: que deben renunciar a sus sueños imperialistas porque el imperialismo no es negocio, sino puro sentimentalismo. Sentimental simplemente es el hecho de llevar unas polainas blancas que se ensucian rápidamente en los días lluviosos de Londres y que nadie las puede apreciar. Sin embargo, el hecho de contemplarlas llena al alma de un grato bienestar. Unas polainas blancas que no han de lucirse, sentimiento puro es —escribe Maeztu— como sentimiento es el imperio.

Por estos años Maeztu se hace eco en sus crónicas de las mil futesas que constituyen la actualidad y que sin embargo tras la apariencia ligera, se esconden, cuando menos un cambio de costumbres o una distinta orientación en la manera de entender la vida. Había estallado en los Estados Unidos un gran escándalo con motivo de la irrupción de una moda consistente en unas blusas femeninas transparentes que hacían furor entre las norteamericanas y que pronto hizo prosélitas entre las inglesas... El tema moral llenó las columnas de los periódicos y los guardianes del pudor dijeron palabras muy duras contra estas mujeres. Maeztu también se dolió en sus escritos de estos —como él llamaba—

resabios de occidentalidad que iban minando las murallas del pudor, a diferencia de lo que ocurría en el centro y mediodía de España donde muchas virtudes permanecían encastilladas en el alma de sus mujeres. Numerosos ejemplos podríamos transcribir de este tipo de crónicas entre mundanas y graves, de esta manera de hacer de Maeztu.

UNA NOTICIA LLAMADA AUTOMÓVIL

Ser cronista en estos primeros años del siglo es haber sido testigo de una serie de mudanzas históricas extraordinarias: sobre todo de la invasión de la técnica en los usos cotidianos. Al interés retrospectivo se añade este interés documental.

«Nos habituamos tan pronto a las novedades que no tardan en parecernos viejas. El automóvil nos parece ya cosa de nuestros padres; la bicicleta se nos figura contemporánea de Mari-Castaña; los ferrocarriles nos imaginamos que los tendieron los romanos; los mismos ómnibus-automóviles de Londres que ahora se sirve el cronista para ir a todas partes, le parecen eternos...» Y es sorprendente —añade— que los ferrocarriles sólo cuentan poco más de medio siglo, que las bicicletas sean cosa de veinticinco años, que no hubiera en Londres ómnibus —automóviles cuando vino el cronista— y que los mismos automóviles sean cosa de poco más de diez años.

En la fecha que redacta Maeztu esta crónica, el automóvil sigue siendo noticia. El problema de la velocidad, ha sido superado. Ya no causa pavor el desfile de estos modelos que iban siempre precedidos de un hombre con bandera anunciador del peligro. Para el periodista hay una serie de perfeccionamientos aún no logrados entonces, que le darían la victoria definitiva a los automóviles. Tales como: encontrar un sustituto razonable a las ruedas neumáticas de caucho, que son tan caras y que se rompen tan fácilmente y hallar algo que impida resbalar a las ruedas. Maeztu es un hombre que vive alerta y que cuenta para los periódicos el fruto de vigilantes observaciones aunque a veces brinde soluciones demasiado simples y arbitrarias para remediar deficiencias observadas. ¿Corresponsal del porvenir, esto es, corresponsal que no se petrifica recordando? Sin duda alguna. Por eso muchos problemas que le brinda la actualidad los proyecta en el futuro.

APARECE EL ÁTOMO

De golpe aparece en las crónicas de Maeztu el tema del átomo. «El átomo nace», dice en una de sus crónicas y dan ganas de gritar ¡Dios salve al átomo...!

El descubrimiento de William Ramsay que en un momento ha logrado mucho más que aquel protagonista de Andersen que se llamaba Waldemar Dae, llena de estupor la pluma de Maeztu. «Con los rayos catódicos de un tubo vacío al pasar por hidrógeno puro se ha producido después de un tiempo considerable huellas de helio y de neón, uno de los raros gases inertes constituidos de la atmósfera. Y como la experiencia se ha visto comprobada por unos alquimistas eminentes, los señores Collis y Peterson, no falta ya sino explicarla. Y la explicación ha de ser una de éstas: o el hidrógeno se ha transformado en helio y en neón, o se han trasmutado algunos de los elementos del tubo catódico o se han engendrado directamente por la descarga eléctrica misma y se ha realizado así el ideal de transformar la energía en materia y demostrado experimentalmente que la materia no es más que energía».

Despiertan curiosidad estas crónicas, leídas en plena era atómica, porque aquéllas son como los «ecos de sociedad» donde se participa el natalicio de este átomo científico.

La curiosidad de Maeztu le lleva a hurgar en todos los vertederos de la actualidad que puedan interesar a un lector de periódicos. En «El hombre de la retorta» escribe entre consternado e irónico: «Gran agitación intelectual en Inglaterra. La prensa comenta el discurso presidencial del profesor Schafer, de la Universidad de Edimburgo, en la British Association. El profesor Schafer ha dicho que la ciencia conoce ya la composición de la base química y ha anunciado que pronto podrán los laboratorios producir sintéticamente el plasma originario...» Al final del artículo, un poco intrigado quizá por los comentarios del *Daily Herald* —periódico sindicalista— apostilla: «Con dedicarse a estudiar el asunto podría descubrir la manera de producir por síntesis química, sindicalistas inflexibles». La fabricación masiva de estos sindicalistas de retorta desvela tan sólo la mordacidad periodística de Maeztu al enfocar ciertos problemas.

Ramiro de Maeztu es periodista nato, dotado de una gran perspicacia para detectar lo agudo de cualquier suceso. Cualquier anécdota por minúscula que se considere, le basta y le sobra para montar una crónica en la que se mezclan observaciones y ciertos pensamientos, en general, atinados. Si la anécdota de hoy es el vuelo de Latham sobre el Canal de la Mancha (1909) en un monoplano Lavaseur, la crónica puede llamarse «Globos y voladoras» y las consideraciones cifrarse en este punto: ¿Destruirán la civilización estas máquinas voladoras, como ha pronosticado Wells?

El desarrollo de estos ingenios voladores es tan considerable que recoge Maeztu una noticia de gran interés para la historia de la aeronáutica: «En el

Instituto Politécnico Northampton, de Cierkenwell, en la City, se dará a partir del año próximo (1910) un curso de ingeniería aeronáutica, que comenzará hacia últimos de septiembre y que comprenderá los cálculos de taller, conferencias sobre aerostación, dibujo aeronáutico y trabajo aeronáutico de laboratorio».

HAMBRIENTOS EN HYDE PARK

Muchas veces el tema frívolo le sirve para concebir una crónica de carácter social. Si el pretexto de hoy es una exposición automovilística en Hyde Park, la crónica va aderezada con los problemas que plantea la nueva técnica y con este hecho concreto: con una imponente manifestación de sin trabajo. Quince mil hombres sin trabajo se han reunido en la orilla del Támesis, han recorrido luego las calles de West-End y han celebrado un gran mitin en Hyde Park. Quince mil hombres se han manifestado pacíficamente, en silencio. Era la tropa del hambre. La presidían unos policías a caballo y era seguida por muchos policías a pie. Todos querían vigilar a estos hambrientos disciplinados. Silenciosos, sólo las pancartas gritaban de forma aireada su ansiedad. El carruaje del rey Eduardo se ha cruzado con los manifestantes.

«Durante el trayecto —escribe Maeztu— sólo hablaban los estandartes. Uno decía: “La necesidad no conoce leyes”. Otro: “Maldita vuestra caridad; necesitamos trabajo decoroso”. Otro: “Mr. Balfour, la resistencia humana tiene un límite”.»

He aquí a principios de siglo a una legión de hombres escribiendo con su callada rebelión una página más de sociología. Maeztu recoge su latido y lo traslada a los lectores de su periódico si bien la exigencia de la actualidad le fuerza a emparentar estos dos temas: este profundo de los sin trabajo y el tema liviano de una exposición automovilística.

EL TEMA DE LA VIVIENDA

Maeztu se compromete con los temas sociales hasta la misma raíz. Las deficiencias técnicas para la construcción masiva de casas, va incubando un problema pavoroso; el problema de la vivienda. Maeztu lo detectó en unas crónicas, que anticipan en muchos años las consecuencias fatales que aparejaron.

«Lo que hace falta, dice la gente, es que multipliquen las viviendas, pero las viviendas no se multiplican en la misma proporción que los habitantes. Todavía es más fácil hacer gente que hacer casas.»

¿En qué año estamos? ¿En 1908, en 1918, en 1928, en 1958, en 1998...? ¡Qué importa! El dilema del mundo moderno está formulado en estos términos: o el hombre domina a la ciudad o la gran ciudad devora al hombre.

«Es inútil que se ponga uno a buscar en Madrid una habitación por la que pague menos de cincuenta duros de renta. No las hay. Quiero decir habitaciones limpias, decorosas, no las hay por menos de ese precio. Pero un capitán tiene un sueldo de cien duros al mes. Ese mismo sueldo gana un hombre en un banco, que desempeña una misión análoga a la del capitán de milicia. ¿Van a decirme Vds. que se puede pagar en renta de casa el cincuenta por ciento del sueldo? Así lo creo ¿Cómo se las arreglan entonces para vivir en Madrid los empleados de sueldo reducido? Verán ustedes. Los más de ellos no se casan y viven como huéspedes en casa de patronas o en casa de sus padres. Ya pueden ustedes imaginarse lo que significa el hecho de que exista en todas las grandes ciudades una inmensa población soltera, porque no pueden contraer matrimonio y luego los valientes que se deciden a casarse viven dos o tres familias en cada habitación.»

Tema éste punzante y que se mantiene vigente.

CUANDO EL FÚTBOL ERA UN CACHORRILLO...

Se duele Maeztu en un artículo («El Foot-Ball y el Reclutamiento», 1914) de la actitud de los futbolistas ingleses, que se niegan a alistarse en las filas militares como voluntarios. Prefieren seguir cobrando sus buenos sueldos antes de que una bala alemana les agujeree el pellejo en Francia o en Bélgica. La prensa ha desatado una campaña contra estos profesionales del balón redondo y PUNCH cambia su habitual ironía por este sarcasmo, puesto al pie de una caricatura de un futbolista: «No dudo de que en este campo seguirán ganando aplausos y dinero, pero en la actualidad no hay más que un campo en el que se gane honor».

Ahora bien, a nuestro juicio incurre Maeztu no en una contradicción —porque no tenemos suficientes datos de juicio para calificarla así— pero sí en cambio se deja ganar por un sentimiento un poco clasista al hablar de reclutamiento de voluntarios. Más de un millón de voluntarios —según él— ha dado Inglaterra al ejército, cifra que no hace abrigar dudas sobre el paroxismo de un pueblo. Aunque al parecer, estos voluntarios han sido reclutados en las capas más altas de la sociedad. «Y es en verdad —añade— una triste ironía, que mientras las gentes de una sociedad se han alistado en masa, y no como oficiales, sino como simples soldados, para ir a la guerra, continúan los partidos de foot-ball los jugadores y espectadores en sus casas, como si la guerra actual no interesarse nada a las grandes masas populares de donde salen los profesionales y los aficionados del foot-ball».

Mucho antes de plantearse esta cuestión de honor en los campos de... fútbol, Maeztu había abordado con gran sagacidad la cuestión del profesionalismo. Nosotros estimamos que el mayor mérito que puede alcanzar una crónica escrita en 1909 es la de encontrarla cincuenta años después, tan fresca y tan vigente como el día de su aparición en *La Correspondencia Española*. El comentario de Maeztu es de una actualidad estremecedora.

Los hechos son los siguientes: los escoceses se niegan a competir con los ingleses a consecuencia de haberseles comunicado desde Nueva Zelanda que cada uno de los «foot-ballistas» neozelandeses que vinieron a Inglaterra en 1905 recibió de los Clubes una guinea (21 chelines) semanales, además de los gastos de viaje y hotel.

He aquí, comentado por Maeztu, el horror que sienten los escoceses por los peligros del profesionalismo:

«Los escoceses se niegan a permitir pasivamente que el foot-ball vaya cayendo en manos de los profesionales. Los profesionales son la muerte del deporte. En cuanto ellos se apoderan de uno, no le queda al público otro papel que el de mirar, admirar y apostar. Pero los escoceses quieren que el foot-ball siga siendo un ejercicio popular y de amateurs, que se haga por higiene y por amor propio, pero no por ganar dinero. De ahí su intransigencia.»

Tres chelines —unas cuatro pesetas, entonces— no es mucho, pero por ahí se empieza. «Si hoy dejamos que se den tres (chelines) dentro de un año se darán treinta, dentro de diez años se darán tres mil y dentro de veinte años no quedarían más foot-ballistas en el Imperio que setenta u ochenta profesionales. De éstos, algunos se enriquecerían, pero el foot-ball habría muerto».

La penetración periodística de Maeztu llega hasta explicar la verdadera causa social de esta animadversión por el profesionalismo. Mientras los jugadores de golf, pertenecen a las capas elevadas de la sociedad, los foot-ballistas en cambio, se nutren de las clases obreras. Si se desplazan a cualquier punto de Inglaterra o Escocia, no pierden más de dos o tres días de trabajo y los patronos suelen conceder estos permisos indulgentemente. En cambio, si se tienen que desplazar a cualquier punto de las colonias —Australia, Nueva Zelanda...— la estancia se prolonga durante meses. Y estos futbolistas obreros pierden su colocación. En definitiva, para la Unión escocesa estos encuentros futbolísticos en colonias aparejan dos consecuencias funestas: Primera, convertir el foot-ball en deporte de ricos y segunda, hacerlo deporte de profesionales.

SE HA INVENTADO EL TONGO

La situación «sportiva» —todavía se escribe así— de la Inglaterra de 1905, estaba marcada por esta palabra: frenesí. Este frenesí deportivo lo había levan-

tado el Winter Club, A juicio de Maeztu el hambre de «sport» de los ingleses es tan grande que ya no se contentan con jugar al aire libre los días de verano y todos los de invierno en que no llueve mucho. Necesitan tener un local cerrado para que no haya lluvias que interrumpan sus diversiones. Y para eso se ha creado el Club de Invierno que funcionará a partir del Año Nuevo (1906) en los locales del Olympia. El total de sus 63.000 pies cuadrados está recubierto de césped artificial y dicho se está que los socios del Winter Club podrán jugar al croquet, al lawn tennis, al foot-ball, al polo, al putting, a las bolas, al críquet y a la raqueta aunque llueva como en los cuarenta días de diluvio universal.

El Winter Club era un club distinguido porque entre sus miembros figuraban nada menos que el vizconde de Hasasdú y el marques de Soreal, ministro portugués. Y ya se sabe: sólo el embajador del Japón y este ministro lusitano formaban el cuerpo diplomático acreditado en Londres, Los demás —puntualiza con mordacidad Maeztu— son unos buenos señores de cuyo nombre no se acuerda nadie.

Temía Maeztu que ese norteamericano llamado tongo, elaborado en España fuese importado a Inglaterra. Posiblemente al Winter Club le alcanzaría toda la responsabilidad, porque quería imponer a todos los chicarrones del norte español a las pulidas canchas y a los impecables frontones. La asimilación de términos deportivos nacidos de la jerga de estos «chiquitos» será una cosa rápida en Inglaterra tan entrenada en estos menesteres.

«Estos ingleses no reparan en pelillos para apropiarse palabras extranjeras. Ya emplean las de “pelota”, “cesta”, “chistera”; no tardarán en usar las de zaguero, delantero, bote, saque, revés-aire, cancha etc... Y ya verán ustedes como también acaban por emplear adecuadamente la de “tongo” por muy *ungentleman* que el “tongo” sea y aunque nos digan de vez en cuando los periódicos de Londres que los hidalgos españoles de la pelota tienen un modo *sui generis* de comprender el puntillo de honor.»

Después de la asimilación del «tongo» los ingleses entonaron un réquiem por el «sport».

En 1909 los periódicos deportivos de Inglaterra cantaron la decadencia del deporte inglés. Sobre todas las linotipias del Reino Unido lloraron los jeremías de nueva hornada las pérdidas en fútbol, cricket, tenis... En cricket vencieron los australianos; en foot-ball los sudafricanos y alemanes; en el marathón, los norteamericanos...

«No es esto lo peor —comentaba Maeztu—, sino que los mejores temas de foot-ball y de cricket tienen que completarse con jugadores coloniales y extranjeros. ¡Decadencia!, exclaman los periódicos deportivos. Pues no, señor, no es decadencia: es que los jóvenes de donde se reclutaban los profesionales, prefieren consagrar su energía a ocupaciones más provechosas. Al mismo tiempo,

las Asociaciones de foot-ball se resienten de que disminuye el número de socios. ¡Decadencia!, vuelven a exclamar los periódicos deportivos. Pues no, señor, tampoco es decadencia, sino que buen número de socios prefieren alistarse en las filas del Ejército territorial, donde hacen mejor ejercicio que el de presenciar partidas de foot-ball y tienen al mismo tiempo la satisfacción interna de servir a la Patria.»

He aquí como Ramiro de Maeztu interpretaba la decadencia del deporte. Al parecer se trataba de una decadencia transitoria a juzgar por el incremento adoptado por ciertos de deportes posteriormente. Maeztu supo detectar esta crisis, como tantas otras acreditando de esta forma sus singulares dotes de gran periodista, capaz de toda clase de temas y toda clase de crónicas.

Éstas que hoy escogemos, cogidas a voleo, no son más que significativos botones de muestra de una manera de hacer.